Confianza inquebrantable

Un sermón de George Müller de Bristol

Entrevista de una hora con George Müller por Charles R. Parsons.

Fue un cálido día de verano, hace poco tiempo, que me encontré caminando lentamente por las arboledas sombreadas de Ashley Hill, Bristol, en mi camino a los famosos orfanatos, fundados por el Sr. George Müller.

Apenas llegué a la cima, mi mirada se encontró con los inmensos edificios que pueden albergar a más de dos mil seres humanos, en su mayoría huérfanos, construidos por un hombre que ha dado al mundo la más impactante lección objetiva de fe.

La primera casa a la que llego está a la derecha, y aquí, entre su propia gente, en apartamentos sencillos y sin pretensiones, vive el santo patriarca, cuyo nombre se ha convertido en una palabra familiar en toda la cristiandad.

Al pasar por la puerta del albergue, me detengo un momento para mirar la gran casa (Nº 3) que tengo delante. Pero es solo una de las cinco, ya que el conjunto se erigió a un coste de 120.000 libras.

Responde al timbre uno de los huérfanos que me conduce por una elevada escalera de piedra, y al final de un largo pasillo se me hace pasar a una de las habitaciones privadas del venerable fundador. El Sr. Müller ha alcanzado la notable edad de noventa y un años, y mientras estoy en su presencia, una veneración del viejo mundo llena mi mente. “Te levantarás ante las canas y honrarás el rostro del anciano” (Lev. 19:32). Me recibió con un cordial apretón de manos y me dio la bienvenida.

Es algo ver a un hombre por quien Dios ha realizado una obra poderosa; pero aún es más escuchar los tonos de su voz, y mucho más que cualquiera de estas dos es entrar en contacto inmediato con su espíritu y sentir el cálido aliento de su alma insuflado en la propia.

El compañerismo y la comunión de esa hora quedarán grabados para siempre en mi memoria. Este siervo del Altísimo me abrió su corazón, me aconsejó, oró conmigo y me dio su bendición. Mucho de lo que el Sr. Müller me dijo está registrado aquí, con la ferviente oración de que pueda ser útil para decenas de miles de mis compañeros de viaje a Sión. En ese momento me pareció que era un mensajero de la tierra de Beulah, o que me condujo hasta las puertas del cielo, donde respiré la fragancia del país celestial.

En esa hora se me manifestó la fuente de la gran fuerza espiritual del Sr. Müller. El anciano santo, con todas sus facultades intactas, fue elocuente todo el tiempo, elocuente en un tema, las alabanzas de Jehová, el Gran Oídor y Contestador de las oraciones de su pueblo.

[Charles]: Mis propias palabras fueron pocas: "¿Siempre has encontrado al Señor fiel a su promesa?".

[George]: "SIEMPRE". Respondió con prontitud y con gran seriedad. "NUNCA ME HA FALLADO. Durante casi setenta años se han suplido todas las necesidades relacionadas con esta obra. Los huérfanos, desde el principio hasta ahora, han sido 9.500, pero nunca han tenido necesidad de comida. ¡Nunca! Cientos de veces hemos comenzado el día sin un centavo en la mano, pero nuestro Padre Celestial ha enviado suministros en el momento en que realmente se requerían. Nunca hubo un momento en que no tuviéramos una comida saludable. Durante todos estos años he podido confiar en Dios, el Dios vivo, y solo en Él. Se me ha enviado un millón cuatrocientas mil libras en respuesta a la oración. Hemos necesitado hasta 50.000 libras esterlinas en un año, y todo ha llegado en el momento en que realmente se necesitaba. Ningún hombre en la tierra puede decir que alguna vez le pedí un centavo. No tenemos comités, ni colectores, ni votaciones, ni donaciones. Todo ha venido en respuesta a la oración de fe. Mi confianza ha estado solo en Dios; Él tiene muchas maneras de mover los corazones de los hombres para ayudarnos en todo el mundo. Mientras estoy orando Él habla a uno y a otro, en este continente y en aquel, para enviarnos ayuda. Solo la otra noche, mientras estaba predicando, un caballero me hizo un cheque por una gran cantidad para los huérfanos y me lo entregó cuando terminó el servicio".

[C]: "He leído su vida, señor Müller, y he notado cuán grandemente, a veces, su fe ha sido probada. ¿Es así ahora contigo como antes?".

[G]: "Mi fe está tan probada como siempre, y mis dificultades son mayores que nunca. Además de nuestras responsabilidades financieras, se deben encontrar constantemente ayudantes adecuados y se deben proporcionar lugares adecuados para decenas y cientos de huérfanos que constantemente abandonan los hogares. Luego, a menudo, nuestros fondos se agotan; habíamos llegado casi al final de nuestros suministros: Llamé a mis amados ayudantes y les dije: ¡Orad, hermanos, orad!. Inmediatamente, nos enviaron 100 libras, luego 200, y en unos pocos días llegaron 1500. Pero tenemos que estar siempre orando y siempre creyendo. Oh, es bueno confiar en el Dios viviente, porque Él ha dicho: 'Nunca te dejaré, ni te desampararé'.

ESPERA GRANDES COSAS DE DIOS, Y GRANDES COSAS TENDRÁS.

No hay límite a lo que Él es capaz de hacer. ¡Las alabanzas sean por siempre a su Glorioso Nombre! ¡Alabado sea por todos! ¡Alabadlo por todo! ¡Lo he alabado muchas veces cuando me ha enviado 6 peniques, y lo he alabado cuando me ha enviado 12.000 libras!

[C]: "¿Supongo que nunca has contemplado un fondo de reserva?

[G]: Müller respondió con mucho énfasis: "Esa sería la mayor locura. ¿Cómo podría orar si tuviera reservas? Dios diría: 'Sácalas; saca esas reservas, George Müller. ¡Oh, no, nunca había pensado en tal cosa! Nuestro fondo de reserva está en el cielo. Dios, el Dios vivo, es nuestra suficiencia. He confiado en Él por un solo soberano; he confiado en Él por miles, y nunca he confiado en vano. 'Bienaventurado el hombre que confía en Él'.".

[C]: Esto me llevó a decir: “Entonces, por supuesto, ¿nunca has pensado en ahorrar para ti mismo?

No olvidaré pronto la manera digna con que me respondió este poderoso hombre de fe. Hasta entonces había estado sentado frente a mí, con las rodillas casi pegadas a las mías, con las manos entrelazadas y una mirada que denotaba un espíritu sereno, quieto y meditativo. La mayor parte del tiempo se inclinó hacia delante, con la mirada dirigida al suelo. Pero ahora, se sentó erguido y miró por varios momentos a mi cara con una seriedad que pareció penetrar hasta mi alma. Había grandeza y majestad en aquellos ojos imperturbables, tan acostumbrados a las visiones espirituales, y a mirar en las cosas profundas de Dios. No sé si la pregunta le pareció sórdida o si tocó, digamos, un remanente persistente del antiguo yo al que tantas veces alude en todos sus discursos. De todos modos, no había sombra de duda de que despertaba todo su ser. Después de una breve pausa, durante la cual su rostro era un sermón, y las profundidades de sus ojos claros destellaron fuego, se desabrochó el abrigo y sacó de su bolsillo una cartera anticuada, con anillos en el medio separando los tipos de monedas. Lo puso en mi mano y dijo:

[G]: “Todo lo que poseo está en esa bolsa, ¡cada centavo! Guardar para mí, ¡nunca! Cuando me envían dinero para mi propio uso, se lo paso a Dios. Se me han enviado hasta 1000 libras esterlinas de una sola vez, pero no considero que estos obsequios me pertenezcan; pertenecen a Aquel de quien soy y a Quien sirvo. No me atrevo a guardar para mí; sería una deshonra para mi amoroso, misericordioso y generoso Padre”.

Le devolví la cartera al señor Müller y me dijo la suma que contenía.

Podría explicarse aquí que la Institución del Conocimiento de las Escrituras abarca varios objetos, todos los cuales han sido trabajados por el Sr. Müller durante una larga serie de años en relación con el Orfanato; 150 misioneros han sido asistidos, 117 Escuelas Diurnas y Dominicales han sido mantenidas o ayudadas, casi 2.000.000 de Biblias y Nuevos Testamentos se han hecho circular, y muchos millones de Tratados han sido distribuidos. Para estos fines se han recibido más de 250.000 libras esterlinas, y no se ha pedido a nadie ni un centavo de esta gran suma, pero todo ha sido enviado en respuesta a la ferviente oración de fe.

Había un resplandor de santo entusiasmo en el rostro de este anciano y fiel hombre mientras relataba algunas de sus giras de predicación en 42 países diferentes de la tierra; y cómo al viajar de un lugar a otro, en algunos casos a miles de millas de distancia, todas sus necesidades habían sido suplidas. Cientos de miles de hombres y mujeres de casi todas las naciones vinieron a escucharlo, y sus grandes temas dondequiera que iba eran el mensaje sencillo de Salvación, y el aliento de los creyentes de todo el mundo a confiar en el Dios vivo. Me dijo que oraba más por sus sermones que por cualquier otra cosa, y que a menudo el texto no le era dado hasta que subía al púlpito, aunque había estado orando por él durante toda la semana.

Le pregunté si pasaba mucho tiempo de rodillas.

[G]: “Más o menos, todos los días. Pero vivo en el espíritu de oración. Oro mientras camino, cuando me acuesto y cuando me levanto. Y las respuestas siempre vienen. Miles y decenas de miles de mis oraciones han sido contestadas. Una vez que estoy persuadido de que algo es correcto y para la gloria de Dios, sigo orando por ello hasta que llega la respuesta. ¡George Müller nunca se rinde!”.

Las palabras fueron pronunciadas en un tono exultante. Había un anillo de triunfo alrededor de ellas, y su semblante resplandecía con santo gozo. Se había levantado de su asiento mientras las pronunciaba y se había acercado a un lado de la mesa. Continuó:

“Miles de almas se han salvado en respuesta a las oraciones de George Müller. ¡Él se encontrará con miles, sí, decenas de miles en el Cielo!”.

Hubo otra pausa, pero no hice ningún comentario y él continuó:

“El gran punto es nunca darse por vencido hasta que llegue la respuesta. He estado orando durante cincuenta y dos años, todos los días, por dos hombres, hijos de un amigo de mi juventud. Todavía no están convertidos, ¡pero lo serán! ¿Cómo puede ser de otra manera? Existe la promesa inmutable de Jehová, y en eso descanso. La gran falta de los hijos de Dios es que no continúan en la oración; no siguen orando; no perseveran. Si desean algo para la gloria de Dios, deben orar hasta que lo obtengan. ¡Oh, cuán bueno, bondadoso, clemente y condescendiente es Aquel con quien tenemos que tratar! ¡Él me ha dado, indigno como soy, muchísimo más de lo que había pedido o pensado! Solo soy un hombre pobre, frágil y pecador, pero Él ha escuchado mis oraciones decenas de miles de veces y me ha usado como el medio para llevar a decenas de miles al camino de la verdad. Digo decenas de miles, en esta y otras tierras. Estos labios indignos han proclamado la salvación a grandes multitudes, y muchos, muchísimos, han creído para vida eterna”

Le pregunté al Sr. Müller si tenía alguna idea de hacia dónde iba a crecer el trabajo cuando comenzó. Después de hablar de su comienzo en Wilson Street, dijo:

[G]: “Solo sabía que Dios estaba en ello, y que Él estaba guiando a su hijo por caminos inexplorados y vírgenes. La seguridad de su presencia en mi espera”.

[C]: “No puedo dejar de notar la forma en que hablas de ti mismo”, le dije consciente de que estaba abordando un tema a la vez tierno y sagrado, y estrechamente relacionado con sus estados de ánimo espirituales más profundos y su relación personal con Dios, que me reprochó a medias tan pronto como las palabras fueron pronunciadas. Sin embargo, desarmó todos mis miedos al exclamar:

[G]: “Solo hay una cosa que George Müller merece, y eso es: ¡el infierno! Te digo, hermano mío, que eso es lo único que merezco. Soy, de hecho, un pecador que merece el infierno. Por naturaleza soy un hombre perdido, pero soy un pecador salvado por la gracia de Dios. Aunque soy pecador por naturaleza, no vivo en pecado; odio el pecado; lo odio cada vez más; y amo la santidad; sí, amo la santidad cada vez más”.

[C]: Le dije: “Supongo que a través de todo estos largos años en tu trabajo para Dios, te has encontrado con muchas cosas que te desaniman”.

[G]: “Me he encontrado con muchas cosas que me desaniman”, respondió, “pero en todo momento mi esperanza y confianza ha estado en Dios. En la Palabra de la promesa de Jehová ha descansado mi alma. Oh, es bueno confiar en Él; su Palabra nunca regresa vacía. Él da fuerzas a los débiles, y a los que no tienen fuerzas, les da más fuerzas. Esto se aplica también a mis servicios públicos. Hace sesenta y dos años prediqué un sermón pobre, seco y estéril, sin consuelo para mí y, como me imaginaba, sin consuelo para los demás. Pero mucho tiempo después escuché de diecinueve casos distintos de bendición que habían llegado a través de ese sermón”.

Le conté brevemente algunas de las cosas que me habían desanimado una y otra vez, y al final expresé la esperanza de ser usado por Dios más que nunca.

[G]: “¡Y serás usado por Dios!”, exclamó él. “¡Sí, hermano mío, Dios mismo te bendecirá! ¡Esfuérzate! ¡A trabajar!”

[C]: “¿Puedo aventurarme a pedirte que me des algún consejo especial con respecto a mi propia obra para Dios, de modo que pueda transmitirla a otros trabajadores cristianos en el gran campo de cosecha de las almas?”

[G]: Él respondió: “Busca depender enteramente de Dios para todo. Ponte a ti y a tu trabajo en sus manos. Cuando pienses en cualquier nueva empresa, pregúntate: ‘¿Es esto agradable a la mente de Dios? ¿Es para su gloria?’. Si no es para su gloria, no es para tu bien, y no deberías tener nada que ver con eso. ¡Cuidado con eso! Habiendo decidido que cierto curso de acción es para la gloria de Dios, comiénzalo en su nombre, y continúa hasta el final. ¡Hazlo en oración y fe, y nunca te rindas! Ora, ora, ora. No mires la iniquidad de tu corazón; si lo haces, el Señor no te escuchará. Mantén eso delante de ti siempre. Entonces confía en Dios. Depende solo de Dios. Espera en Él. Cree en Él. Espera grandes cosas de Él. No desmayes si la bendición tarda. ¡Ora, ora, ora! Y, sobre todo, confía única y exclusivamente en los méritos de nuestro siempre adorable Señor y Salvador, que según sus infinitos méritos, y no los vuestros, las oraciones que ofrecéis y la obra que realizáis, serán acogidas”.

[C]: No tuve palabras para responder. De hecho, ¿qué había de decir? Mis ojos estaban llenos de lágrimas, y mi corazón estaba desbordado, y además, “tenía el asombro mudi que no se atreve a moverse, y todo el cielo silencioso del amor”.

El señor Müller fue a buscar a otra habitación una copia de su vida, en la que escribió mi nombre. Su ausencia me dio la oportunidad de mirar alrededor del apartamento. Observé que los muebles eran de la descripción más simple y sencilla, y que eran útiles. Todo parecía estar en armonía con el hombre de Dios que me había estado hablando. Es un gran principio para el Sr. Müller que no conviene a los hijos de Dios ser ostentosos en su estilo, mobiliario, vestimenta o manera de vivir. El lujo y lo caro no son cosas decorosas en aquellos que son los discípulos profesos del manso y humilde, quien no

tenía donde reclinar su cabeza. Sobre el escritorio yacía una Biblia abierta, de letra clara, sin notas ni referencias.

Esta, pensé entonces, es la morada del hombre más poderoso, espiritualmente, de los tiempos modernos, un hombre especialmente levantado para mostrar a una edad fría y calculadora las realidades de las cosas de Dios, y para enseñar a la Iglesia cuánto ella podría ganar, si tan solo fuera lo suficientemente sabia como para tomar el brazo de la Omnipotencia.

Había estado con este Príncipe de la oración una hora entera, y solo una vez llamaron a su puerta. Fue abierta por el Sr. Müller, y allí estaba uno de sus huérfanos, una de la más grande familia del mundo, una doncella rubia. "¡Mi querida!", dijo él, "no puedo atenderte en este momento. Espera un momento y te veré". Por lo tanto, tuve el privilegio de permanecer sin interrupciones con este padre en Israel, este vencedor con Dios, este héroe en la lucha de los últimos días, este viajero de noventa y un años en el duro peregrinaje de la vida: un hombre que, como Moisés, le habla a Dios como un hombre habla a su amigo. Para mí fue como una de las horas del cielo bajada a la tierra.

Su oración fue muy breve y sencilla. Poniéndose humildemente sobre sus rodillas, dijo:

[G]: "¡Oh Señor, bendice a tu amado siervo delante de Ti más y más, más y más, MÁS y MÁS! Y guía amablemente su pluma en todo lo que pueda escribir con respecto a este tu trabajo y nuestra conversación de hoy. Te lo pido por los méritos de tu amado hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Amén".

***

El Sr. Müller nació en Kroppenstaedt, Prusia, en el año 1805. Cuando tenía cinco años, su padre fue nombrado recaudador de impuestos y su familia se mudó a Heimersleben. En su juventud fue destinado al ministerio de la Iglesia Luterana y fue enviado a una escuela clásica en Halberstadt. Allí pasó la mayor parte de su tiempo leyendo novelas, y durante un período considerable de su juventud su vida fue extremadamente ligera y frívola. Gastó su dinero libremente y en 1821 fue encarcelado por intentar salir de un hotel sin pagar la cuenta. Después de esto, fue más cuidadoso y se convirtió en un estudiante diligente, estudiando diecisiete horas al día. Pronto poseyó una gran biblioteca; pero entre todos sus libros no había una Biblia. En 1825 ingresó a la Universidad de Halle, y estando allí fue invitado a una sencilla reunión evangélica, donde su corazón fue profundamente impresionado por el Espíritu Santo, y a partir de ese momento todo el curso de su vida cambió por completo. Al año siguiente predicó su primer sermón. En 1828 dejó la Universidad y en 1829 vino a Londres en relación con la Sociedad para la Propagación del Evangelio entre los judíos. Eventualmente, luego de una breve estancia en Devonshire, llegó a Bristol en 1832, donde vivió y trabajó hasta la actualidad (1897).

(El Sr. Müller falleció el 10 de marzo de 1898)

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org